

6031

José Luis Montoto de Sedas

LOS JUGUETES

PASO DE COMEDIA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908 33

Copyright, by José Luis Montoto de Sedas, 1908

LOS JUGUETES

LOS JUGUETES

PASO DE COMEDIA

ORIGINAL DE

José Luis Montoto de Sedas

Estrenada en el TEATRO SALÓN IMPERIAL,
el 28 de Marzo de 1908



SEVILLA

Imp. de J. Santigosa, S. en C., Albareda 45

1908

~~~~~  
Esta obra es propiedad de su autor y, nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—————  
Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvege et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.  
~~~~~

A José Rodríguez La Orden

su admirador y amigo,

José Luis Montoto

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

BLANCA	SRTA. ZIUR
JULIA	» JIMENO
DON RAMÓN	SR. PORTES (JOSÉ)
ANTONIO	» ZAMA

EPOCA ACTUAL



LOS JUGUETES

Alameda de un paseo público, á la cual convergen varias calles del jardín que la rodea; en éste, algunos bancos de piedra; el suelo de la alameda cubierto de una alfombra formada por las hojas secas desprendidas de los árboles. Cae la tarde.

ESCENA PRIMERA

DON RAMÓN Y ANTONIO

(Al levantarse el telón, Antonio, guarda de los jardines, barre las hojas. Es hombre de unos veinticinco años. A poco, sale por unas de las calles del jardín don Ramón; su edad, entre los cincuenta y los sesenta, más bien esto último; por sus modales y corrección en el vestir pretende aparentar menos años de los que en realidad tiene. Fuma unos cigarrillos microscópicos).

D. RAM. Buenas tardes, Antonio.

ANT. (Que debe estarle agradecido por lo bien que lo recibe.) Muy buenas, señorito...

D. RAM. (Llegando á uno de los bancos y tomando asiento en él) Se trabaja, ¿eh?

ANT. Aquí estamos entreteniéndonos; porque ésto, que se barra, que no se barra, siempre igual. Bien decía aquél:

«Hojas del árbol caídas
juguetes del viento son.»

- D. RAM. Eso lo dijo Espronceda; pero en este caso resulta que de quien son juguetes es del guarda que se distrae con ellas.
- ANT. Verdad es que si no fuera así, estaría aburrido todo el día, porque nadie asoma las narices por estos jardines.
- D. RAM. (Le dá un cigarro á Antonio y él enciende otro).
¿Han pasado las niñas, Antonio?
- ANT. ¿Qué niñas?...
- D. RAM. ¡Vamos! Te lo preguntaré de otro modo. ¿Has hablado hoy con tu?...
- ANT. (Sin dejarle concluir la frase). No, señor; todavía no han venido... Esta tarde no han pasado por aquí más que esa señorita que trae un perro, y su mamá...
- D. RAM. ¿Quién?
- ANT. Una que viene todos los días á ver los patos del estanque...
- D. RAM. ¡Pues bien poco tienen que ver!
- ANT. Al menos, eso es lo que parece; pero á quien viene á ver en realidad es á un señorito que se sienta á leer en un libro en el paseo de los suspiros.
- D. RAM. ¿Y tú cómo sabes eso?
- ANT. ¡Toma! Pues porque el otro día ví que al pasar la señorita junto al señorito dejó caer un papel, y cuando desaparecieron por entre los árboles las señoritas y el perro, él lo recogió, lo leyó y con la punta del bastón escribió en el suelo: iré.
- D. RAM. ¿Y eso qué quiere decir?...
- ANT. La cosa no puede estar más clara. Ella le daba una cita y él escribió aquello para que al pasar la otra de vuelta se enterara de que iría...
- D. RAM. Sabes que no dejan de tener encantos estos jardines.

ANT. ¡Vamos! Que usted con las niñas también...

D. RAM. Te equivocas. Mi cariño hacia ellas es un cariño desinteresado... Antonio:

«La niña es la mujer que respetamos
y la mujer la niña que engañamos»;
como dijo el poeta.

ANT. Cuando no nos engañan á nosotros...

D. RAM. Verdad es que á veces les servimos de juguetes, y, cuando ya no las distraemos, nos dejan y se olvidan de nosotros...

ANT. Ahí está el toque: en hacer que no se cansen... Hasta después, señorito.

(Váse Antonio por una de las calles del jardín).

D. RAM. Ve con Dios, hombre.

ESCENA II

DON RAMÓN

D. RAM. Un mes hace que en este mismo sitio conocí á mis encantadoras amiguitas, y desde entonces, sin saber cómo ni por qué, todos los días á la misma hora me encuentro sentado en este banco... Y el caso es que parece que ellas tampoco pueden pasar sin verme. ¡Si mi cabello no fuera blanco! Verdad que no lo parece; pero desde el día aquel en que anidó en mí el desengaño y conocí lo voluble que es el corazón femenino, empezó mi cabeza á blanquear; y gracias que yo empecé también á ponerla negra. Esto hace ya cuarenta años, y en todo ese tiempo me ocurre lo que al otro, que...

«Siempre vuela mi mente
á buscar el Edén de tus amores,
como constantemente
se vuelven hacia el sol algunas flores.»

ESCENA III

DON RAMÓN, BLANCA Y JULIA

- BLAN. (Sale con Julia por la calle por que se fué Antonio. Son dos niñas porque el vestido no les arrastra; pero, por lo demás, son dos mujeres). ¡Lo vé; lo que te decía: ha llegado antes que nosotras!
- JULIA Será bien poco... (Don Ramón está de espaldas al sitio por donde han salido, y no las vé hasta que le dicen): Hoy ha llegado usted antes que nosotras, don Ramón...
- D. RAM. Es que hoy han tardado ustedes más que de costumbre.
- JULIA La culpa ha sido de Blanca, que quiso sentarse en un banco de la entrada del jardín, porque en el de frente estaba sentado un muchacho que le gusta mucho...
- D. RAM. Muy bien.
- BLAN. (Muy viva). Diga usted que nó; la culpa de la tardanza la ha tenido Julia, que se ha pasado tres horas componiéndose delante del espejo.
- D. RAM. ¡Y claro! Le habrá ocurrido
«Que al verse tan gentil; ¡con qué embeleso se dá así misma en el espejo un beso!»
- JULIA (Sin darse cuenta de lo que dice). No me lo dí por no despintar me...
- BLAN. ¡Ves, tonta! Tanto decirme que no lo dijera, y luego lo dices tú.
- D. RAM. ¡Ah, coquetuela..! Y tú criticas á tu hermana porque le gusta un muchacho...
- JULIA ¡Es natural! Quienes tenemos que gustar somos nosotras á ellos... no ellos á nosotras. ¡No vé usted que escogen!

- BLAN. Pues, hija, yo te aseguro que como no me gustara, para mí estaba de más.
- JULIA Y usted ¿qué dice, don Ramón?...
- D. RAM. Yo... la verdad, no sé qué decir; pero me parece que si se pueden compaginar ambas cosas, siempre resultará más agradable...
- BLAN. (A Julia). Ves como tengo razón. Es que no pones cuidado en lo que dices...
- JULIA La que no considera eres tú. (A D. Ramón). El otro día estábamos unas cuantas amigas hablando del Niño Jesús que rifan las madres del colegio, y ¿sabe usted lo que dijo Blanca?
- D. RAM. ¿Que hacían trampas?
- JULIA Nó; dijo que ella preferiría que rifasen un niño de carne, pues así la distraería, y, al darle besos, le sabrían mejor que si los diese en la madera.
- BLAN. Yo digo lo que pienso; no soy como tú, que eres una hipocritilla, cójelas al tiento y mátalas callando...
- D. RAM. ¡Vamos, ño reñir!
- JULIA Diga usted, don Ramón, ¿qué es mejor, decir á todo el mundo lo que hacemos, ó tenerlo callado?
- D. RAM. Yo creo que á nadie importa lo que hacen los demás.
- BLAN. Pues Julia se disgustó conmigo el otro día porque le dije á unas amigas que había soñado que estaba casada.
- JULIA Figúrese usted que el tal tiene dos hijos...
- BLAN. ¿Y que más dá, siendo viudo? Y que... no pasó de sueño.
- D. RAM. Eso no es motivo para disgustarse; digo, á no ser que á tí (A Julia) te gustara también el viudo.

- JULIA ¡A mí un viudo... y con hijos! Además, que mi disgusto con Blanca no fué por eso sólo, sino porque no quiere jugar á las muñecas, ni á los novios...
- BLAN. ¡Es claro! Como que siempre hace de novio una muchacha, y á mí me gustan las cosas al natural...
- D. RAM. Y ¿vuestra hermana?
- BLAN. ¿Luisa?
- D. RAM. Sí; la que viene con ustedes algunas tardes.
- JULIA Está un poco mala.
- BLAN. Diga usted que está buena. (Mira á Julia, que le hace señas para que calle). No quiero callarme.
- D. RAM. ¿Y quién te dice que te calles?
- BLAN. Esta (Por Julia), que parece la superiora de un convento.
- JULIA (A D. Ramón). ¿Usted me ha oído decir algo?
- BLAN. No has dicho, pero has hecho... Pues Luisa no ha querido salir esta tarde por...
- JULIA Por no dejar la casa sola con las criadas; porque mamá fué de visita.
- BLAN. Eso es, y, como estaba ella sola, podía hablar á su antojo con su novio.
- D. RAM. ¿Conque tiene novio?
- JULIA ¡Ya lo creo!
- D. RAM. ¿Y quién es?
- BLAN. El que iba á ir esta tarde es un teniente de caballería...
- JULIA Pero vá de paisano.
- D. RAM. ¡Y que mas dá!
- BLAN. Es que ella le ha dicho que vaya de paisano, no fueran á creer las amigas de la calle que es un novio distinto de el del mes pasado, que era de infantería.

- D. RAM. Por lo visto, le gustan los militares.
BLAN. Y los paisanos; porque, además, le escribe á un muchacho que está estudiando en Madrid...
- JULIA ¡Por Dios, Blanca! ¿qué va á decir nuestro amigo? Diga usted que á ella no le gusta ninguno...
- BLAN. (A D. Ramón). Pero vocación de monja no tiene tampoco.
- JULIA Lo que le pasa es que las amigas nos refieren los novios que tienen, y á ella le dá coraje quedar por bajo de las demás...
- D. RAM. ¡Vamos, es cuestión de amor propio!
JULIA Si señor, propio... por más que á ésta le gustaba el teniente de infantería...
- BLAN. (A D. Ramón). Diga usted que nó; diga usted que nó.
- D. RAM. Yo no digo nada...
BLAN. Pues diga usted que nó.
D. RAM. Bueno, pues nó.
BLAN. Figúrese usted que es un hombre que se pinta el pelo.
- D. RAM. ¡Caracoles! (Aparte). Como yo.
JULIA De rubio...
- BLAN. Para parecer más inglés.
JULIA Pero tú tuviste la culpa, Blanca; porque si nó hubieras dicho que á tí te gustaban los rubios, con seguridad, el hombre no cambia de color.
- BLAN. Yo se lo dije por broma; porque usted comprenderá que el pintarse el pelo es una porquería...
- D. RAM. Según y como...
JULIA (Por Blanca). Esta lo dijo por broma; pero el muchacho, que es muy galante, á la noche siguiente, cuando fué á ha-

- blar con Luisa, en vez de cabeza, parecía que llevaba un bombón.
- BLAN. Y como á mi otra hermana le gustan los morenos, se acabaron las relaciones.
- D. RAM. Y el resultado fué que el muchacho les sirvió á ustedes de juguete...
- JULIA Tanto como eso nó, pero nos hizo reir un poco.
- D. RAM. ¡Claro, como que estais en la edad!
- BLAN. ¿De los juguetes...?
- D. RAM. O de los novios, que para ustedes son lo mismo.
- JULIA ¡Qué han de ser lo mismo!
- D. RAM. Sí que lo es. Mientras lleváis el vestido por las rodillas os distrae cualquier muñeco, á quien fingen ustedes cariño en tanto les dura el capricho, y después lo regaláis ó lo tiráis para sustituirlo por otro más nuevo ó más vistoso.
- BLAN. Y los novios que hemos tenido, ¿qué han sido más que muñecos?...
- JULIA. (Muy rápido) Eso sí. Ni siquiera uno tenía bigote.
- D. RAM. Pasan ustedes de esa edad y se alarga el vestido un poco; y cuidado que no lo digo por molestarlas, puesto que todas sois iguales, y ya no pensáis en el muñeco, sino en los trajes y en tener un novio...
- BLAN. Porque cada edad requiere su encanto, cuando una se casa lo que desea es tener...
- D. RAM. Tú, ¿qué sabes?
- JULIA Hay nada más soso que un matrimonio sin hijos...
- D. RAM. Sí; pero en esa edad no piensan ustedes en casarse, sino en que fulanita tiene

novio; y ustedes no quieren ser menos que ella, y el primero que llega es el que aceptan ustedes, y como no le teníaís cariño, á la semana, qué digo á la semana, al día siguiente se acaban las relaciones...

JULIA Bueno, no siga usted, quedamos enteradas.

BLAN. (En tono sentensioso.) Usted quiere decirnos que los hombres son nuestros juguetes. Pues bien, concedido; pero no me negará usted que es el único derecho que tenemos sobre ellos...

D. RAM. Es verdad. (Ap.) Lo que es en eso tiene razón.

JULIA (Que no ha dejado de observar á D. Ramón.) Pero á usted le ha debido pasar algo en su vida con alguna mujer...

D. RAM. (Un poco turbado). Nada...

JULIA No puede ser.

BLAN. (Aparte) Ahora lo veremos (Alto). Bueno, pues hoy vamos á jugar... á... á los jueces...

D. RAM. ¿A los jueces?

JULIA Sí, es un juego muy bonito. ¿No lo conoce usted? (Blanca está de pié junto á don Ramón).

D. RAM. No lo conozco.

JULIA (Ap) Ni yo tampoco,

BLAN. Pues se elige uno que es el juez, y otro el defensor, y después uno á quien se acusa de algo...

JULIA Usted es el acusado.

D. RAM. Pero, por Dios, yo...

BLAN. Silencio; que empieza el interrogatorio... Pero antes póngase usted de pié.

D. RAM. Y no es lo mismo que juguemos sentados...

- JULIA Ante todo está la formalidad, y no es justo que la justicia esté más incómoda que el procesado.
- D. RAM. (Resignado se pone de pié) Lo que ustedes digan.
- BLAN. ¿Es usted abogado?
- D. RAM. ¿Por qué?
- BLAN. Porque si lo es usted se va á reir de nosotras...
- D. RAM. Pues supongan ustedes que lo soy y que al verlas administrar justicia no me daría ningún cuidado de que esto fuera de verdad.
- JULIA Pero si lo es usted; ¿qué cree?
- D. RAM. Pero...
- JULIA Formalidad, señor acusado.
- D. RAM. Pero, de qué se me acusa. ¿Como no sea de que ya no puedo estar más tiempo de pié...?
- BLAN. Pues se le acusa de habernos llamado coquetas. (Llegando junto á D. Ramón y dándole en el hombro con el abanico).
- D. RAM. Es que yo...
- BLAN. ¡Silencio!
- JULIA Puede usted sentarse, pero en el banco de enfrente. (D. Ramón se sienta en el banco de enfrente al en que están Blanca y Julia).
- BLAN. (Después de toser y adoptar una actitud académica). Empezamos... ¿Cómo se llama usted? (Hace como que se atuzo el bigote).
- JULIA (Dándole en el brazo á Blanca). Eso ya lo sabemos, mujer: otra cosa.
- BLAN. ¿Dónde vive usted?
- JULIA En el Limbo.
- D. RAM. ¿Qué?
- JULIA ¿Qué dónde vive usted?
- D. RAM. En la calle de la Estrella...
- BLAN. ¿Tiene usted vicios?

- D. RAM. No...
- JULIA Vamos por partes: ¿ha jugado usted alguna vez?
- D. RAM. Desde que conozco á ustedes, aquí todas las tardes.
- BLAN. ¿Nada más?
- D. RAM. Nada más.
- JULIA Y conquistas, ¿ha hecho usted muchas?
- D. RAM. Ninguna, diga, que yo recuerde
- BLAN. ¿Ni de joven?
- D. RAM. Ni de viejo...
- BLAN. ¿Tiene usted hijos?
- JULIA O hijas, es lo mismo.
- D. RAM. Ni una cosa ni otra.
- BLAN. ¿Es usted casado?
- D. RAM. (Apesadumbrado). ¡Casado!... Nó.
- BLAN. ¿Viudo?
- D. RAM. Soltero, y creo que ya...
- JULIA No hace falta que lo diga usted, se comprende...
- BLAN. ¿Ha tenido usted novia alguna vez?
- D. RAM. Sí.
- JULIA (Llegando junto á D. Ramón). ¿Cuántas?
- D. RAM. Una...
- BLAN. (Llegando junto á D. Ramón). ¿Una nada más?
- D. RAM. Para qué más.
- JULIA ¿Era guapa?
- D. RAM. Como ustedes.
- BLAN. ¿Rubia ó morena?
- D. RAM. Morena.
- JULIA Y ¿dónde la conoció usted?
- D. RAM. En unos jardines.
- BLAN. ¿Hace mucho?
- JULIA ¡Mujer, figúrate!
- BLAN. Y ¿por qué no se casó con ella?
- D. RAM. Porque se casó con otro.

- BLAN. Eso se supone; pero ¿por quién se acabaron las relaciones?
- D. RAM. (Triste). ¡Por ella!
- JULIA ¿La quería usted mucho?
- D. RAM. Tanto, que podía decir lo que el poeta: «He amado á esa mujer de tal manera que no me volví loco, porque lo era.»
- BLAN. Y ¿tardó usted mucho tiempo en olvidarla?
- D. RAM. Si no la he olvidado todavía.
- JULIA (Aparte) ¡Pues ya ha tenido tiempo!
- D. RAM. Quizás les parezca á ustedes ridículo, pero su recuerdo me entristece. ¡Qué feliz hubiera sido con ella! (Se limpia las lágrimas).
- JULIA ¿Cómo se llamaba?
- D. RAM. Rosalía.
- BLAN. Bueno, vamos á acabar el juego...
- JULIA (Poniéndose de pié y colocándose en el centro de la escena). Ahora entro yo y digo que pido la absolución, porque para que mi defendido dijera lo que ha dicho, le sobra la razón hasta por encima del sombrero.
- BLAN. Y yo le absuelvo, considerando que es el único hombre que no ha tenido relaciones más que con una sola mujer. Y para que vea que no le guardo rencor, le firmo la sentencia con un beso. (Besa á D. Ramón).
- JULIA Y yo también firmo sin que me dé vergüenza, porque á su edad podía ser nuestro padre... Y ahora alégrese usted, amiguito... (Pausa).
- D. RAM. Y ya ¿cuando nos volveremos á ver?...
- BLAN. Mañana.
- D. RAM. ¿Dónde?
- JULIA Pues, aquí.

- D. RAM. Imposible, yo no puedo volver á estos jardines hasta la Primavera; el médico me lo tiene prohibido. Comienza la caída de las hojas y con ellas caemos unos cuantos. ¡Quién pudiera verlas caer el año que viene!(Caen las hojas).
- JULIA Y ¿por qué no las ha de ver usted?...
- BLAN. Pues entonces, en casa.
- JULIA Eso; lo esperamos á usted mañana...
- D. RAM. ¿Y como me presento yo allí sin conocer á su papá de ustedes?
- JULIA Si no tenemos padre...
- BLAN. Se murió hace seis años.
- D. RAM. Bueno; á su mamá.
- JULIA No le hace, porque le hemos hablado de usted.
- BLAN. Le hemos dicho que tenemos un amigo que es un viejecito como ella.
- JULIA Aunque está usted tan bien conservado como mamá.
- BLAN. Y tiene muchos deseos de conocer á usted.
- JULIA ¿Va usted á ir?
- D. RAM. Iré, si me lo permiten las piernas...
- BLAN. (Mirando hacia los jardines). Y Juana ¿dónde estará? ¡Juana!
- D. RAM. Estará hablando con el guarda.
- BLAN. No; dijo que iba á reñir con él porque le ha pedido la conversación el asistente de junto á casa.
- D. RAM. ¡Ah, ya!
- JULIA Que vaya usted.
- BLAN. Ya sabe: calle de la Luz, número cinco.
- D. RAM. Eso es, llego yo, llamo á la campanilla... ¿Quién es? me dirán, y contesto: un amigo de la casa, ó, ¿viven aquí unas amiguitas más que se llaman Blanca y Julia?

- JULIA No, señor, eso nó, porque preguntará usted: ¿vive aquí doña Rosalía Vargas, viuda de Pérez?
- D. RAM. (Ap.) Ella (Alto) Sus hijas
- BLAN. Eso, ó sus hijas.
- JULIA Ya está allí Juana.
- D. RAM. ¿Conque doña Rosalía Vargas?
- BLAN. Sí, mi mamá.
- D. RAM. Y viuda...
- JULIA De Pérez.
- BLAN. Y cuidadito con faltar; que si no vá usted, reñimos para siempre.
- D. RAM. Iré, porque nada más que de pensarlo se me quitan cuarenta años de encima... (Ap.) ¡Quién sabe si á ella le ocurrirá lo mismo!
- JULIA Hasta mañana, y á cuidarse para no caer como las hojas. (Besa á don Ramón). Adios...
- BLAN. (Besando á D. Ramón). Adios, y hasta mañana.
- D. RAM. (Muy triste). Adios. (Blanca y Julia lo contemplan desde lejos).
«Las hijas de *la madre* que amé tanto me besan ya como se besa á un santo.»

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El farolito de Animas, juguete cómico en un acto.

La loca del 3.º, juguete cómico en un acto.

La literata, juguete cómico en un acto.

Las guerreras, juguete cómico-lírico en un acto.

La pava, entremés en prosa.

El torero del barrio, sainete lírico en un acto y tres cuadros.

Amor al vuelo, comedia en un acto.

El tres de Mayo, sainete lírico en un acto y tres cuadros.

La última muñeca, diálogo en prosa.

Los Armaos, apropósito en verso.

Pájaros y flores, comedia en un acto.

Coincidencia, diálogo en prosa.

¡Llegó la hora!, entremés en prosa.

Los millones, comedia en dos actos.

Salto en la escala, juguete cómico en un acto.

Los juguetes, paso de comedia.